

MI AMIGO BORBONET

Por HUMBERTO MEDRANO

(N. de la R.: El Premio Justo de Lara ha sido establecido por "El Encanto" en el año 1934 para honrar la memoria del insigne escritor y periodista que inmortalizó este pseudónimo a lo largo de una intensa y ejemplar carrera literaria. Formaron parte del Jurado los doctores Blanca Dopico, Ofelia Pérez Daple, Augusto Fernández Conde, Raúl Roa y Manuel Álvarez Morales).

YO conozco al comandante Enrique Borbonet. Es mi amigo. Estas líneas las escribo para él. No tienen más propósito —lo creo suficiente— que hacerle llegar hasta su celda una palabra amiga.

No creo que sea muy provechoso declararse amigo de un conspirador vencido y sentenciado. Pero en la vida no todas las actividades pueden ser colocadas bajo el sordido microscopio del provecho. Y la amistad de Enrique y mía nació muchos años antes de esta conspiración y no veo por qué deba ser alterada por un suceso, cualesquiera que sean su naturaleza y resultados. Máxime si del suceso ha salido perjudicado el amigo de siempre.

Conoci a Borbonet hace tiempo, cuando civiles y militares confraternizaban en las competencias de tiro. Todos los domingos nos reuníamos en la magnífica galería de Columbia. Allí, sin grados ni atributos de profesión u oficio, un grupo de compañeros estremecíamos la mañana con cerradas descargas sobre blancos inanimados. Eran cuatro o cinco horas maravillosas en que no cesaba el tiroteo. De vez en cuando se turbaba la paz del estruendo con un chiste, una interjección o un par de cervezas a lo sumo... De aquella terrible balacera siempre quedaba sobre el campo un muerto: el tiempo. Y en el corazón algo más vivo cada vez: la camaradería.

Allí aprendí a estimar a Enrique Borbonet. Lo recuerdo entonces: un muchachón alegre, sencillo, p e c o s o, extravertido. Era temible con el 38. Ganaba sin jactancia y perdía sin disculpas. Sabía asumir la responsabilidad del triunfo o la derrota. En el campo de tiro y fuera de él, siempre fué correcto, disciplinado, respetuoso.

Cuando alternábamos las líneas de fuego, nos sentábamos a conversar. Se formaba el grupo y se hablaba de todo menos de política. Estaban prohibidos los discursos y el mal humor. Se contaban anécdotas y de vez en cuando surgía el comentario punzante sobre alguno de los presentes. Nadie se ofendía. Se respondía con agudeza pero sin acritud. Borbonet contaba en ocasiones sus apuros y conflictos de cuando era cadete. En el acto salía el chiste disparado sobre su cabeza. Era entonces cuando la risa estrepitosa de Borbonet apagaba el fragor de los disparos. Sí, Borbonet era teniente y sabía reír y bromear. Y todos nos reíamos. Y nos tratábamos con franqueza. Y no habían rencores, ni suspicacias, ni tenientes, ni comandantes, ni

doctores, ni periodistas. Tan sólo amigos, entre los cuales, unos vestían camisa de campaña y otros usaban camisa deportiva. Pero nadie notaba la diferencia. No existía.

Más tarde vinieron acontecimientos que nos disgregaron. Borbonet siguió en el Ejército. Otros se vieron obligados a abandonarlo. Algunos han muerto. El cosachó triunfó merecidos. No nos vimos más.

Pero yo seguí recordándolo como a tantos otros compañeros del tiro. Y seguí profesándole amistad. Una vez leí sobre sus hazañas de paracaidista. Me alegré mucho y no me sorprendió. Sabía que era valiente y arriesgado.

Y un día, como de una definitiva y espectacular cabriola en su paracaídas, cayó de pronto Borbonet sobre la rispida e hirviente actualidad. Estaba detenido por "conspirar para la rebelión" junto con otros compañeros de su misma hechura. Se mencionaba su nombre mezclado con actividades subversivas. Se le hacía un Consejo de Guerra. Lo acusaba el fiscal. Y él, con voz firme, se declara culpable de "haber conspirado por el bien de Cuba y para evitar que los civiles vean al Ejército como enemigos y sí como hermanos". Y lo condenaban a seis años de prisión y lo separaban del Ejército. Y una vez más, había asumido la plena responsabilidad de sus actos...

Esa cosa indesviable que es el destino de cada cual, ha colocado a Enrique Creso Borbonet, en el arduo camino de los que hacen la historia. Un tribunal militar lo ha juzgado. Yo no puedo juzgarlo porque soy su amigo. Esa historia es la que juzgará en definitiva a este muchacho valeroso y simpático, que un día cambió su risa despreocupada y estentórea por un riesgo tremendo en el que se ha jugado su libertad y su carrera.

Sus más encarnizados adversarios tendrán que reconocer la serenidad y la entereza con que ha dado la cara.

Enrique Borbonet: no sé cuántos amigos te reconocerán ahora ni cuántos te negarán. Yo no te niego. Fuí tu amigo y lo sigo siendo en esta tu hora de infortunio. Hace más de cuatro años que no nos vemos. Hoy que estás preso te ratifico esa amistad. Te la estoy enviando en estas líneas modestas y sinceras. Trataré de verte y ayudar con ello a que te sientas menos solo.

Así podremos conversar un rato, y soslayando el presente y la política, recordar aquella buena época de las competencias de tiro, donde los que vestían camisas de campaña y los que usaban camisas deportivas no se miraban con recelo.

260000

MONIO
MENTALHISTORIADOR
HABANA